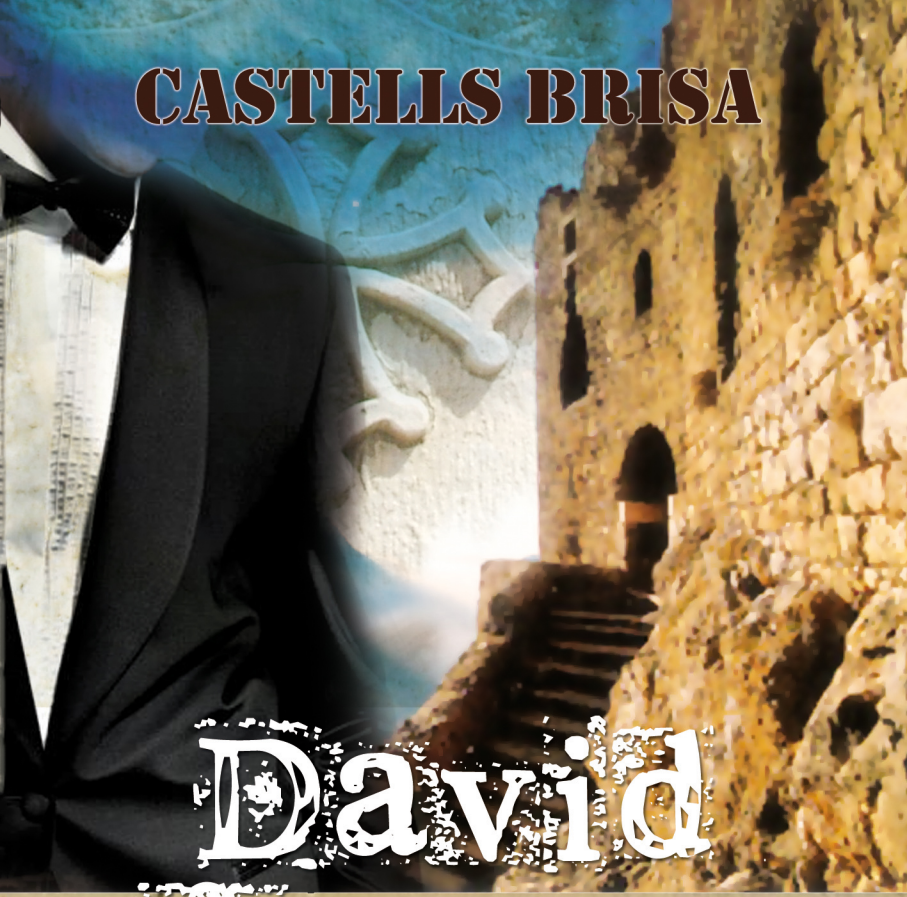
CASTELLS BRISA



David Monnet

El tesoro de los Hombres Buenos

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...

EL TESORO DE LOS HOMBRES BUENOS

nº 11

Vision Libros

© Obra: David Monnet XI .El tesoro de los hombres buenos

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Marzo, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-368-4

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicat a l'Assumpta

de L'Ateneu Terrassenc

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama



bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Era una noche cerrada de finales de otoño cuando un hombre muy alto y desgarbado, pero de aspecto rocoso, ascendía por un tortuoso camino en dirección a las ruinas de un castillo situado en lo alto de un monte. Había dejado su coche, un Volvo antiguo de color gris, aparcado junto a la carretera y a poca distancia de donde se encontraba en aquellos momentos.

Una espesa niebla dificultaba la ya difícil ascensión. La linterna que llevaba, a pesar de ser potente, apenas alcanzaba a iluminar unos pocos metros por delante. A pesar de ello, por su rapidez, era notorio que tenía prisa en llegar a la cima. Resoplaba a cada cuatro

pasos y, a regañadientes, iba soltando algún que otro improperio. De pronto, al llegar cerca de las murallas, aparecieron unas escaleras de madera que conducían a una puerta en forma de arco. Era la entrada al castillo. Dejó de andar, apagó la linterna y, del bolsillo de su chaqueta, sacó una pistola y, paso a paso, se fue acercando a ellas.

Respiraba con cierta dificultad y su corazón latía fuertemente. No había duda de que estaba asustado. Había guardado la linterna en el bolsillo. Una luz oscilante, proveniente del interior de las murallas, iluminaba tenue pero suficientemente los peldaños. Con una mano se agarraba fuertemente a la baranda y con la otra no dejaba de apuntar al frente, como si esperase ser atacado. Antes de cruzar el arco de entrada se detuvo y miró a derecha e izquierda. Lo hizo varias veces antes de penetrar en un patio abierto rodeado por los muros del castillo. Una hoguera al final del mismo le daba a las piedras un color rojizo. Siguió avanzando. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le salían de las cuencas.

Hacía más bien frío, pero él estaba sudando a mares; eso sí, era un sudor helado, pe-

gajoso. La mano le temblaba y las piernas se resistían a seguir. De pronto, y por su derecha, apareció la silueta de alguien. Le miró mientras se acercaba y, al reconocer de quien se trataba, bajó el arma e inició lo que iba a ser un soplo de tranquilidad; sin embargo, no logró terminarlo. Una fina y afilada hoja de acero penetró por su pecho y le salió por la espalda teñida de sangre. Varias veces su agresor repitió la misma operación hasta que estuvo seguro de haber acabado con la vida de aquel desdichado. Después le arrastró, roció su cuerpo con gasolina y lo depositó encima de la hoguera. Aguardó un par de minutos mientras observaba cómo su víctima ardía y se marchó del lugar.

Bajó con paso firme hasta llegar a la carretera. Una vez allí, se detuvo, sacó una cajetilla de "Gitanes", extrajo el último cigarrillo que quedaba y se puso a fumar; después arrugó el paquete vacío y lo tiró al suelo, cayendo debajo de un cartel en el que rezaba: "Chateaux de Montségur". Subió a un Peugeot negro y se marchó del lugar.

CAPÍTULO 1

Me encontraba a escasos cincuenta kilómetros de Carcasonne. Acababa de estrenar un magnífico Volskswagen Touareg. Lástima que aquél era el clásico día de otoño. Llovía con fuerza y con ráfagas de viento que dificultaban enormemente la circulación. Menos mal que, como buen previsor, había adelantado un par de días mi viaje. Era lunes y hasta el jueves por la mañana no tenía la conferencia. Estaba francamente ilusionado en volver a Carcasonne. Allí nació mi padre y aún estaba la casa de mis abuelos en perfectas condiciones. Ahora vivía en ella un matrimonio con dos hijos originario de Argelia. Unas espléndidas personas con las que guardaba una buena amistad. Al enterarse de que iba a

efectuar aquella conferencia, les faltó tiempo para llamarme y ofrecerme gustosos su casa, pero ya tenía reservada una habitación en el Hôtel de la Village. La organización del evento se había encargado de ello.

Allí me encontraría con una vieja conocida que, por lo visto, había efectuado un cambio de vida realmente significativo. Se trataba de Charlotte Morel, antigua compañera de universidad, la cual destacaba, por encima de cualquier otra consideración, por su gran fogosidad. Le gustaban los hombres hasta extremos impensables. Pero según las últimas referencias, se había vuelto casi una monja. En la actualidad dedicaba sus conocimientos a la Iglesia. Siendo una fervorosa seguidora de todo lo eclesiástico. Casi diría yo, de manera demasiado apasionada, llegando a veces al fanatismo. Por lo que, parecía, había pasado de un extremo a otro. De todos modos, sentía verdaderas ganas de volverla a ver. De ella guardaba, por qué negarlo, "muy buenos recuerdos". También tendría la oportunidad de conocer a Félix Lafontaine, un colega acérrimo enemigo de la religión católica. Bueno, en realidad, de todas las religiones; lo que vulgarmente se conoce como "Un Ateo de

cojones". Además, era un gran especialista en resolver criptogramas y códigos secretos. También tendría la ocasión de coincidir con Edmond Lambert, un gran especialista en temas relacionados con los Cátaros. Aunque para mí, este personaje era un auténtico desconocido. Como también lo era la tal María Todorova. Únicamente sabía que era un prodigio de inteligencia y poco más. Pero me daba igual, tenía muy claro cuál iba a ser mi postura con respecto al tema y me limitaría a expandir mis conocimientos sobre la historia del país Cátaro, aunque éstos, debido a la poca información que se poseía acerca de ellos gracias a la destrucción sistemática de documentos realizada por "la Santa Inquisición", eran bastante escasos.

Nada más llegar a la ciudad amurallada, y viendo que eran cerca de las dos de la tarde, decidí ir a comer. Lo hice en el restaurante L'ecurie. Un establecimiento en el que se come francamente bien, sobre todo un Châteaubriand de 300 gramos acompañado por foie gras poelé y sauce maderé. Y para beber, un Domaine de Vigneaud de la casa Cuvee Jean Lagarde, bien fresco. Espléndido vino afrutado.

A media tarde hacía acto de presencia por el hotel, en cual, a pesar de estar completo, en aquel momento no había casi nadie por el vestíbulo. Después de inscribirme, recogí la llave y, seguido por un empleado, subí cuatro plantas hasta llegar a la habitación 406, una auténtica suite donde no carecía de ningún tipo de lujo. Me di una buena ducha y, antes de bajar a cenar, me recosté una hora en la cama para descansar del viaje.

CAPÍTULO 2

Pasé una tranquila y plácida noche. Hacía tiempo que no lograba dormir tantas horas seguidas, y a no ser porque por la ventana penetraba un haz de luz que incidía en mi cara, aún estaría sobando.

Llegué un par de minutos antes de que cerraran el servicio de desayuno, pero aún tuve el tiempo suficiente para satisfacer mi apetito. Estaba prácticamente terminándome el café, cuando, sin darme cuenta, un hombre impecablemente vestido se sentó a mi derecha. Era joven, moreno, de semblante serio y austero, de sonrisa difícil, que al ver mi cara de sorpresa, me dijo:

—Deberá excusar mi falta de educación al no presentarme adecuadamente. Me llamo Bernardo Morelli, y le estaría encarecidamente agradecido si se dirigiera a mí como Bernardo. Soy uno de los secretarios del Vaticano, y el motivo de mi presencia aquí es el de ayudarle en lo que necesite. Estoy al corriente de su visita al Papa acompañado por André Delacroix y de lo que acordaron.

—Sí, parece que está bien informado, aunque por lo que sé, ya tienen a otra persona que defenderá los intereses de la Iglesia Católica. Vamos, que juegan con dos barajas.

—¿Ah, sí?, y ¿de quién se trata?

—¡Vamos, hombre!, no se haga el tonto conmigo. No me dirá que no conoce a la señorita Charlotte Morel.

Hubo un instante de silencio y Bernardo frunció el ceño. Antes de hablar pensó con calma la respuesta, no quería meter la pata; ante él había una persona muy difícil de engañar.

—Es cierto que la conocemos, tanto, que trabaja para nosotros; aunque, a decir verdad, no confiamos demasiado en su eficacia. Preferiríamos que usted se ocupara del caso, aunque, claro está, sin que ella se enterara.

—De acuerdo, haré lo que pueda para dilucidar si el Santo Grial es o no una leyenda. No le puedo prometer nada más. Y les va a costar muy caro, tanto, que dudo que acepten mi precio.

—¿A cuánto ascenderán sus honorarios?

—Pongamos cincuenta mil euros para cubrir los primeros gastos y cien mil si realizo el trabajo con éxito.

—¿No pensará que le voy a entregar ahora mismo cincuenta mil euros sin haber hecho nada?

—Considérelos como una aportación a fondo perdido. Además, es mi última palabra —desde los cuatro metros que nos separaban, pude escuchar el rechinar de sus dientes. Estuvo un par de minutos paseando por la sala, hasta que por fin se decidió.

—¡De acuerdo! ¿Acepta un cheque?

—¡Claro! Siempre que me garantice que hay fondos.

—¡Hombre…! Acaso duda de la Iglesia…

—Nunca se sabe, amigo Bernardo…, nunca se sabe.

CAPÍTULO 3

Acababa de dejar al amigo Bernardo, cuando al dirigirme al ascensor, me crucé con Charlotte, que a pesar de hacerse la encontradiza, estaba completamente seguro de que venía en mi busca.

—¡Caramba, David Monnet! ¡Cuánto tiempo! Te conservas muy bien. Parece que para ti no pasan los años.

La imagen que recordaba de ella no difería demasiado de la actual, aunque sí su espectacularidad. Antaño lucía su físico con grandes escotes y exageradas minifaldas y ahora vestía unos apretados pantalones negros y un jersey blanco ceñido de cuello alto